

José MORALES, *Introducción a la teología*, EUNSA, Pamplona 1998, 344 pp., 15,5 x 23, ISBN: 84-313-1578-4.

En este libro, el profesor Morales, que ha dedicado muchos años a la enseñanza de esta disciplina, recoge los temas básicos acerca de la naturaleza y método de la teología y los expone de un modo claro y comprensible. La obra forma parte de la colección de manuales de teología que está editando de Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y está dirigida, principalmente, a los estudiantes de teología, aunque puede suscitar también el interés de cualquiera que desee conocer los rudimentos de la ciencia teológica.

El manual se divide en cuatro secciones, que se ocupan de lo que es la teología, sus presupuestos, sus fuentes y su carácter científico. El objetivo de la primera sección es realizar una primera presentación de lo que es la teología. El autor subraya especialmente que la teología es una actividad fundada en la fe; se trata de un desarrollo de la dimensión intelectual del acto de fe. Por ello, la razón de ser de toda la teología es el Dios revelado en Jesucristo. En el segundo capítulo se insiste en la peculiaridad del objeto, o mejor, del sujeto de la teología, ya que Dios es un profundo misterio y no un objeto del que se pueda obtener información. En otros términos, el objeto de la teología es el Sujeto por excelencia. Esta percepción de Dios como misterio absoluto que trasciende toda reflexión humana está presente a lo largo de toda la obra. Constantemente advierte el autor que el teólogo se sitúa siempre ante un Dios cuyo conocimiento conduce precisamente a darse cuenta de que es esencialmente misterioso. Con ello Morales escapa a todo intelectualismo y al racionalismo excesivo que, en ocasiones, se advierte en escritos de este género.

La segunda sección estudia lo que el autor denomina «presupuestos de la teología» y que entiende como «los factores constitutivos o condiciones de posibilidad de la teología» (p. 15). Entre estos factores se ocupa particularmente de tres: la fe, la razón humana y el lenguaje. La fe es tratada como un presupuesto de la teología tanto en la consideración objetiva de la misma, porque el contenido de la fe es el objeto de la reflexión teológica, como en su consideración subjetiva, porque es la actitud de fe la que conduce a teologizar. Al ocuparse de este primer presupuesto, el autor estudia la noción de dogma, su desarrollo y su interpretación. En el planteamiento y resolución de estas cuestiones —como también en otras partes del manual— se advierte la provechosa influencia de Newman, del que el profesor Morales es un excelente conocedor. El segundo presupuesto de la teología es la razón, la cual es inseparable de la fe. Antes de exponer en detalle la función de la razón en teología, el autor advierte la necesidad de considerar el significado general del término «razón». Una vez asen-

tada una concepción no racionalista de la misma, procede a la exposición de la relación armónica que guardan entre sí razón y fe. Más adelante se explican los usos principales de la razón en teología. Al tercer presupuesto, el lenguaje, se dedican dos temas. La visión del lenguaje que se ofrece tiene un carácter global, como sugiere ya la misma distinción entre lenguaje verbal y otros modos del lenguaje. Es interesante la exposición que realiza de estas formas no verbales del lenguaje, entre las que incluye el lenguaje icónico, el gestual y el «lenguaje hecho de silencio». En el estudio del lenguaje verbal centra la atención en los diversos lenguajes de la fe y ofrece las pautas desde las que afrontar una renovación del lenguaje teológico. El tratamiento del lenguaje prosigue y es completado con el estudio del lenguaje teológico en cuanto que permite hablar de Dios. En este contexto se presenta la doctrina de la analogía, poniendo el acento en la relación entre «analogía fidei» y «analogía entis». Las páginas finales de esta sección, en las que se ocupa de la teología negativa, son muy reveladoras de la visión de la teología que sostiene el autor.

Un tema clásico, de obligado tratamiento en los manuales de este tipo, es el de las fuentes de la teología. La tercera sección del libro se dedica a esta cuestión. Previamente el autor explica lo que entiende por fuente: «los elementos religiosos que alimentan la teología. Son los lugares donde el teólogo encuentra la materia para su trabajo» (p. 129). El estudio comienza, como no podía ser menos, por la fuente principal, que es la Sagrada Escritura. De modo sintético se exponen las cuestiones más relevantes en torno a la inspiración de los libros sagrados y la hermenéutica bíblica. Junto con la Escritura, la Tradición constituye una fuente única de la revelación. El estudio de la Tradición se inicia examinando el concepto general de tradición y reivindicando, frente a la crítica ilustrada, el valor de la misma. En seguida se expone la concepción cristiana de la tradición y se estudian sus fuentes y testimonios principales: los Padres de la Iglesia, la liturgia, el sentido cristiano de la fe y los teólogos. De las fuentes objetivas —Escritura y Tradición— se distingue una fuente subjetiva de la teología: la experiencia de Dios. Para aclarar el significado de ésta, Morales estudia previamente el concepto general de experiencia. Ofrece también un breve recorrido por la historia del tratamiento de la experiencia en teología. El capítulo concluye explicando las relaciones entre experiencia y fe, e insistiendo en la necesidad de vincular teología y espiritualidad. A un nivel distinto se sitúa otra fuente de la teología, la historia, la cual —se advierte— no tiene un papel constitutivo, pero sí informativo e interpretativo. De nuevo se presenta un recorrido por las diversas concepciones de la historia desarrolladas en occidente, como paso previo a la consideración de la importancia de la historia para la teología. El autor subraya que para el cristiano la historia es el lugar de encuentro con la verdad, lo cual no debe suponer, sin embargo, una disolución de la ver-

dad en el curso de la historia. En último lugar se estudia al magisterio, en cuanto intérprete auténtico de la Palabra de Dios. Tras exponer el sujeto y funciones del magisterio, se aborda la cuestión de la relación entre el magisterio y la actividad teológica, siguiendo de cerca la «Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo». En conjunto, el profesor Morales ofrece una visión bastante completa de los diversos lugares teológicos, aunque en ocasiones puede resultar excesivamente sumaria. Quizás hubiera valido la pena exponer más detenidamente el concepto cristiano de tradición y la función del magisterio, sobre todo teniendo en cuenta que, por lo general, se suele considerar que el tratamiento propio de estas cuestiones corresponde a la introducción a la teología.

En la última sección se agrupa en cuatro temas el estudio de algunos aspectos de la teología en cuanto ciencia de la fe. Con este fin, el autor advierte que el reconocimiento del carácter científico de la teología requiere una idea no reductiva de la razón y una comprensión adecuada de la fe. La primera cuestión estudiada es la científicidad de la teología, que el autor esclarece sobre todo en diálogo con las distintas concepciones de la ciencia (aristotélica, positivista, teoría crítica, hermenéutica). Hacia el final de este capítulo se trata brevemente la relación entre la teología y otras ciencias. Gran parte del siguiente capítulo se dedica a una exposición histórica de la comprensión del método teológico. Tras ello, se tratan los dos momentos o fases esenciales del método, el positivo y el especulativo, y se explican sus características. En el estudio del momento especulativo se advierte que la comprensión de la fe que el teólogo alcanza depende en parte de la filosofía que emplea. A esta cuestión se dedica el capítulo siguiente, donde se reflexiona acerca de la importancia de la filosofía para la teología y se ofrecen algunos criterios que ayuden al discernimiento y elección de las filosofías más aptas para el trabajo teológico. Se trata también la cuestión del pluralismo teológico que es visto como expresión de la riqueza de posibilidades de la ciencia teológica. La última cuestión estudiada es la unidad de la teología y la pluralidad de sus manifestaciones sectoriales. El autor expone el objeto de cada una de las disciplinas teológicas más importantes, insistiendo en que la diversidad de disciplinas no puede suponer una escisión de la teología. El estudio de estas cuestiones se presenta con gran claridad y rigor. Probablemente sólo quepa reprochar al autor que no se detenga en la relación que la teología debe tener con las ciencias, especialmente las experimentales. La teología de nuestro siglo es particularmente consciente de que la exigencia de diálogo interdisciplinar no es algo añadido a la labor del teólogo sino que brota de la misma raíz del teologizar, del deseo de alcanzar la verdad sobre las cosas.

El texto concluye con una historia de la teología cristiana, que apenas ocupa unas treinta páginas. Se trata de una exposición breve de los principales

hitos en el desarrollo de la teología, con particular atención a la evolución de la teología en el siglo XX y a las principales corrientes teológicas postconciliares. Completa este manual una bibliografía final, donde se recogen las referencias que el autor ha ido ofreciendo al final de cada capítulo. El libro cuenta también con un índice onomástico, que puede ser útil para localizar algunas cuestiones.

A lo largo de la obra se advierte que el autor es consciente de que la recta comprensión de muchas cuestiones teológicas depende en gran parte del trasfondo intelectual —principalmente filosófico— con el que las afrontamos. Una mala comprensión de lo que es, en general, el lenguaje o la tradición o la experiencia, pueden incapacitar para comprender el lenguaje teológico, el concepto cristiano de la tradición o la experiencia de Dios. Por ello, al tratar éstas y otras muchas cuestiones, el profesor Morales realiza el esfuerzo de ofrecer un acercamiento general al tema, que oriente al lector y le proporcione las coordenadas necesarias para comprender los conceptos teológicos. Por esta razón mantiene un diálogo constante no sólo con la filosofía clásica, sino también con las aportaciones más actuales, como son las que provienen de la filosofía del lenguaje (pp. 110-113), la epistemología reformada (p. 83), la hermenéutica filosófica contemporánea (pp. 138, 226s), la teoría crítica (p. 223) y el postestructuralismo (p. 149). La teología —advierte— ha de mantener siempre una actitud de aprender, porque su comprensión de la fe está determinada por la historia, pero también porque el misterio de Dios la trasciende por completo (cfr. p. 198).

Llama particularmente la atención el esfuerzo del autor por ofrecer una concepción integral de la teología, evitando toda consideración de la misma como «suma de teorías» o «ciencia dedicada a elucubraciones de gabinete» (p. 230). Esta preocupación se advierte en la misma noción de teología que Morales presenta: «la teología —dice— puede definirse como la ciencia en la que la razón creyente, guiada por la fe teologal, se esfuerza en comprender los misterios revelados en sí mismos y sus consecuencias para la existencia humana» (p. 32). Más adelante, al ocuparse de la teología como ciencia, insiste en que especulación y praxis son dos dimensiones de un mismo saber, que «debe suministrar luces al entendimiento y dirección a la conducta» (p. 230). El autor rechaza cualquier concepción de la teología que la entienda como erudición intelectual sobre temas revelados. La teología —dice— es «la reacción total, y no sólo intelectual, de la persona en presencia del misterio» (p. 24). Es preciso, por ello, rehacer la unidad tanto entre dogmática y moral como entre dogmática y espiritualidad. Y es que «la teología sin medida alguna de contemplación degenera fácilmente en una ciencia de puros conceptos» (p. 181). Por esto la teología no puede ser sino «arrodillada y no simplemente instalada en una biblioteca» (p. 183).

En relación con esta preocupación por ofrecer una concepción viva, plural y creativa de la teología se encuentra la importancia que atribuye el autor a la experiencia cristiana de Dios, la cual «contribuye a que la teología no sea una actividad puramente intelectual y erudita» (p. 167). Es de notar el tratamiento detenido que realiza de la experiencia, en cuanto fuente subjetiva de la teología. El autor justifica su interés por la experiencia al advertir que la articulación y recuperación de la dimensión experiencial de la vida cristiana hará más «inteligible y significativo el discurso sobre Dios» (p. 169). Ciertamente, cuando la teología se separa de la experiencia de fe, se empobrece y degenera fácilmente en puro verbalismo.

Otra idea que vertebra el manual es el carácter eclesial de la teología y también del teólogo. Esta cuestión, que es tratada específicamente ya en el primer capítulo, aparece a propósito de cada uno de los temas que se van tratando. La razón es muy sencilla: la teología —explica el autor— «es un entendimiento que sólo la vida en acto de la Iglesia es capaz de ofrecer» (p. 247). No se puede entender el significado del dogma o del lenguaje teológico o del carácter científico de la teología sin tener presente el carácter intrínsecamente eclesial de la fe cristiana y, por ende, de la teología, «fe pensada». Junto a ello, se advierte también un espíritu de diálogo ecuménico, que se manifiesta de modo especial al tratar las cuestiones del apofatismo (p. 124), de la relación entre Escritura y Tradición (p. 156 s.) y del magisterio (p. 205).

Estamos ante un libro que tanto por sus contenidos como por la forma de exponerlos cumple sobradamente su función de manual. Se percibe en sus páginas la experiencia que tiene el autor como teólogo y como profesor, y también —¿por qué no?— la pasión que siente por la teología. Y es que, como él mismo recuerda, para dedicarse a la teología es menester «poner el alma» en ella (p. 37).

Francisco CONESA

Enrique R. MOROS, *El argumento ontológico modal de Alvin Plantinga*, EUNSA, Pamplona 1997, 232 pp., 17 x 24, ISBN: 84-313-1557-1.

Uno de los filósofos de la religión norteamericanos más influyentes en la actualidad es, sin duda, Alvin Plantinga (n. 1931). Este autor, conocido también por sus estudios de lógica modal y de epistemología, ha intervenido en casi todos los debates que se han desarrollado en la tradición analítica: la cuestión del lenguaje religioso, el problema del mal, los argumentos teístas, el pluralismo religioso, etc. Quizás el rasgo más característico de Plantinga reside en la intro-